

**HISTORIA
URGENTE**

HASTA SER VICTORIA

Prólogos de
Estela Barnes de Carlotto
y Horacio Pietragalla

Victoria Montenegro



Victoria Montenegro

HASTA SER VICTORIA

Prólogos de Estela Barnes de Carlotto
y Horacio Pietragalla

MAREA
EDITORIAL





Montenegro, Victoria

Hasta ser Victoria / Victoria Montenegro. - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marea, 2020.
200 p.; 20 x 14 cm. - (Historia urgente; 77)

ISBN 978-987-8303-19-2

1. Literatura Testimonial. 2. Autobiografías. 3. Derechos Humanos. I. Título.
CDD 808.8035

Edición: Constanza Brunet

Coordinación: Fernando Brovelli

Corrección: Marisa Corgatelli

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Producción y fotografía de tapa: Julián Athos y Rocío Tursi

Fotografía de contratapa: Santiago Tarelli

© 2020 Victoria Montenegro

© 2020 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (54 11) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-19-2

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina.*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

*Dedicado a Toti, Chicha
y a esa generación maravillosa.*

MAREA
EDITORIAL

PRIMER PRÓLOGO

Victoria siempre

En 1984 supimos de la existencia de Victoria cuando una tía suya acercó su caso a Abuelas de Plaza de Mayo. Por entonces era una niña con la identidad falseada por un represor de la dictadura y su esposa. Pasaron dieciséis años de impunidad hasta que pudimos confirmar, a través de la prueba genética, que la joven apropiada era la hija de Hilda y Roque, y un año más para que se reencontrara con su verdadera familia.

La joven Victoria –ya madre– comenzó a conocer la historia de sus padres, sus orígenes y su lucha, y fue asumiendo y recreando esa identidad de la que habían tratado de despojarla. Pero no lo lograron. Con valentía e inteligencia, sostenida por el amor de sus seres queridos, pudo dimensionar el daño que el terrorismo de Estado le había infligido a ella y a su familia. Muy pronto entendió, además, que esas heridas y sus secuelas eran de toda una sociedad.

Victoria transformó su dolor en militancia. La esperanza de un país más justo, más igualitario y más inclusivo la impulsó a involucrarse y dedicarse de lleno

a la política, siempre junto a los humildes y los desposeídos. Así también se comprometió con la búsqueda de sus hermanas y hermanos de la vida y fue integrándose a la gran familia de Abuelas. En 2012 demostró su enorme coraje al denunciar ante los Tribunales, en el juicio conocido como Plan Sistemático de Apropiación de Menores, la complicidad de magistrados y fiscales con su apropiador.

Referente social y política, hija, madre, abuela, hoy Victoria es una de las nietas que garantizan la continuidad del trabajo de nuestra Asociación. La fuerza que solo tienen las mujeres luchadoras se trasluce en cada una de sus palabras y sus acciones. Su comprensión de lo que significan la Memoria, la Verdad y la Justicia ha alumbrado lo que los genocidas, con sus crímenes, intentaron desaparecer. Y con orgullo puede decir que no nos han vencido. Ni a ella ni al pueblo que está destinada a representar lealmente por muchos años más.

ESTELA BARNES DE CARLOTTO
Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo

MAREA
EDITORIAL

SEGUNDO PRÓLOGO

Viki, mi espejo

Si tengo que pensar rápidamente en quién es la persona que más tiempo estuvo a mi lado a lo largo de mi vida, sin dudarlo, se viene a mi cabeza Victoria Montengro, Viki. En nuestra infancia era María Sol, esa prima que vivía en el mismo edificio, la niña a la que la mujer que me apropió cuidaba junto a su hermana de crianza, Fernanda. Es por eso que muchos de los recuerdos más lindos son junto a ella. Sin saberlo, fuimos paridos en la misma lucha y arrebatados de nuestras familias por la misma mano genocida.

Sin dudas es difícil expresar en tan pocas líneas lo que siento cada vez que nos vemos. Tal vez sea lo mismo que sienten los hermanos, no lo sé, pero sí sé que el haber recorrido la misma historia nos da una especie de impunidad en el modo de tratarnos que hace que a veces se sorprendan al vernos. ¡Hasta el día de hoy nos seguimos haciendo los mismos chistes y cargadas que en aquellos años! Viki era la que en el jardín de infantes me defendía. Aunque resulte raro, es cierto que yo ya era alto, pero era muy tímido e introvertido, y ella, todo lo contrario.

Nos separamos un poco al pasar ella a una escuela privada, pero igual nos veíamos algunas tardes y jugábamos en los descansos de las escaleras del edificio donde crecimos. Entre tantos, uno que se me viene a la cabeza es el querer ser veterinarios: confeccionábamos fichas con los datos de los perros que vivían en la calle, les dábamos comida escondidas y soñábamos con crear una asociación defensora de animales. Pero lamentablemente no todos los juegos terminaban con esos sueños hermosos, al volver a nuestras casas nos encontrábamos con una realidad difícil.

El apropiador de Viki era un tipo violento y presencié algunas situaciones de violencia contra ella que me dejaban petrificado. Mi realidad no era diferente cuando volvía a mi casa, pero me dolía ver que a ella le pasaba lo mismo. Ella era mi amiga, mi escape, mi fiel reflejo y el espejo donde ver todo lo que vivíamos. Recuerdo aún hoy las idas al “campito”, que era la casa de fin de semana que tenía su apropiador Herman Tetzlaff, algunas visitas a Campo de Mayo o recorridas por el Hospital Militar.

Cuando nos hicimos más grandes, ya en la adolescencia, tomamos otros caminos, otros rumbos. Viki siempre había soñado con entrar al Liceo Militar, pero en ese momento llevó adelante lo que yo evalué como el acto más grande de rebeldía de su vida: se enamoró de Guti, un pibe del barrio. Eso sacó de los cabales a Tetzlaff y, peor aún, cuando quedó embarazada. Creo que fue una acción inconsciente que clausuró para siempre la idea de ser militar de carrera. Varias veces

le dije que ese fue su modo de romper con la asfixia, con la doctrina.

Después llegó el pedido de Abuelas de Plaza de Mayo, a través de la Justicia, para que ella se analizara. Había indicios serios de que se trataba de una hija de desaparecidos. A diferencia de lo que me pasaba a mí, Viki no dudaba. Empezaron ahí los problemas judiciales y una época difícil para ella, que se resistía a aceptar una nueva realidad donde ya no había certezas. Esa situación también me impactaba a mí, que me preguntaba: si ella que es mi prima, la que está más cerca, fue robada de chica, ¿por qué yo no? Una vez más, lo que le pasaba a ella yo lo veía como un reflejo; lo mismo podría haber pasado conmigo. Incluso cuando recuperó su identidad, me acercaba para preguntarle qué sentía, qué le pasaba. Sabía que ella podía darme la llave que me ayudara a tomar la decisión de buscar yo también mi identidad.

Fueron años difíciles para ella. Llenos de contradicciones, de resistencia a reconocer que sus apropiadores la habían engañado, que la habían tratado como a un objeto y no como a alguien que es sujeto de derechos. Lo mismo que le pasó a todos los nietxs que fueron apropiados.

Uno de los distanciamientos más fuertes que tuvimos fue cuando recuperé mi identidad y denuncié públicamente a su apropiador como responsable. Nuestros procesos eran distintos. A mí no me criaron militares y estoy convencido de que eso marca una diferencia abismal. Viki estaba viviendo todavía un camino complejo

que la hizo alejarse. Recuerdo incluso un momento feo en pleno festejo de los Carnavales de Lugano. Hoy me causa gracia, pero ¡qué difícil fue eso!

Al tiempo, con ayuda de algunos amigos de Abuelas y de su familia nos fuimos acercando nuevamente. Nos juntamos, nos abrazamos, lloramos, nos dijimos de todo, nos volvimos a abrazar y así hasta el día de hoy.

Quiero de la forma más sana que se puede querer a Victoria. De esa forma que hace que aun con nuestras diferencias, con dificultades, con encuentros y desencuentros, sepamos que estamos uno para el otro y que eso nadie lo podrá modificar. Y la quiero también porque Viki va a ser siempre ese espejo donde yo puedo mirarme para saber quién soy.

HORACIO PIETRAGALLA

MAREA
EDITORIAL

INTRODUCCIÓN

Un humilde aporte

En febrero de 1975 en la República Argentina se firmó el decreto 261/75 que habilitaba la concreción del denominado “Operativo Independencia”; mediante el cual el Ejército Argentino adquiriría la potestad de aniquilar el accionar subversivo en Tucumán. Desde entonces se inició una feroz represión en el norte de nuestro país que llevó al secuestro y asesinato de miles de militantes políticos.

El 24 de marzo de 1976 la Junta de Comandantes que formaba parte del gobierno democrático (que había adelantado las elecciones para octubre de ese año) produjo un nuevo quiebre constitucional en nuestro país. Así se dio comienzo al autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, que se convirtió en la dictadura cívico militar más cruenta de los países de América Latina donde se ejecutaba el Plan Cóndor. Este régimen, al igual que en el resto de los países afectados, utilizó como principal estrategia de aniquilamiento, el secuestro, la desaparición forzada y las ejecuciones sumarias. La dictadura argentina tuvo la particularidad de elucubrar una acción mesiánica:

el Plan Sistemático de Apropiación de Bebés, mediante el cual los niños nacidos durante el cautiverio de sus madres y/o aquellos (como mi caso) que fuimos secuestrados junto a nuestros padres íbamos a ser criados y formados por integrantes de la estructura represiva que asumía la responsabilidad de formarnos “como personas de bien”, lejos de los valores que nuestros padres nos hubieran inculcado.

El 13 de febrero de 1976, un grupo de tareas comandado por el teniente coronel Herman Antonio Tetzlaff irrumpió en nuestra casa, en el partido de William Morris, provincia de Buenos Aires, y nos secuestró a mis padres, Roque Orlando Montenegro e Hilda Ramona Torres, y a mí con trece días de vida. Desde ese día pasamos los tres a engrosar la lista de desaparecidos.

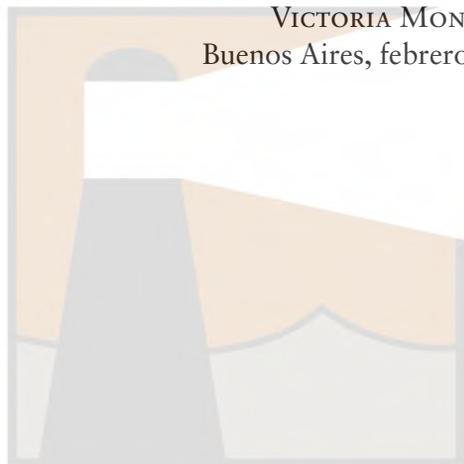
En 1984 las Abuelas de Plaza de Mayo presentaron la denuncia que, años más tarde, me permitiría recuperar mi identidad. Esa primera denuncia sindicaba a Tetzlaff como responsable del robo de dos bebés, quienes figuraban como María Sol Tetzlaff y César Castillo (Horacio Pietragalla). Muchos años después, gracias a la tenacidad del juez Roberto Marquevich, pero sobre todo a la lucha ineludible de las Abuelas de Plaza de Mayo, en 2000 pude dar inicio al largo camino de la restitución de mi identidad.

Fuimos 500 los bebés víctimas del Terrorismo de Estado, de los cuales 130 hemos podido recuperar nuestra identidad. Mientras tanto otros cientos continúan siendo víctimas de este delito aberrante que los obliga a vivir una historia ajena con una identidad

falseada. La mayoría de ellos ya deben ser padres o algunos, como en mi caso, quizá ya sean abuelos.

Por ellos escribo este testimonio, que intenta ser un humilde aporte al camino de Memoria, Verdad y Justicia que como argentinos decidimos transitar.

VICTORIA MONTENEGRO
Buenos Aires, febrero de 2020



MAREA
EDITORIAL

ÍNDICE

Primer Prólogo	9
<i>Victoria siempre</i>	
Segundo Prólogo	11
<i>Viki, mi espejo</i>	
Introducción	15
<i>Un humilde aporte</i>	
PRIMERA PARTE	
María Sol	
<i>Detrás de un vidrio muy grueso</i>	19
SEGUNDA PARTE	
Hilda Victoria	
<i>Contradicciones</i>	73
TERCERA PARTE	
Viki Montenegro	
<i>Del lado de la verdad</i>	153
Fotos y documentos	173
Agradecimientos	197

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

